

manos y su delantal... ¡Estaba llena de sangre!

Exhaló un horroroso grito y loca de terror echó á correr hacia el pueblo. Aquella sangre y el suspiro del cordero, semejante al de una persona, eran la advertencia del destino que no quería permitirle que gozara un minuto de alegría y de olvido.

Conforme iba corriendo recordaba que en la habitación de Hortensia había recordado la mirada del otro cordero herido por los perros, y la lúgubre escena aparecía ante ella en toda su fúnebre realidad.

¿Sería todo una persecución para ella? En aquel país en que los corderos son en mayor número que los árboles ¿hallaría á cada paso la personificación del remordimiento?

Corriendo siempre, llegó á su casa.

— ¿De dónde vienes tan tarde y llena de sangre? — le preguntó su madre que la esperaba con inquietud.

— Del Hubiland: hay un cordero muerto en el camino: he querido traerlo y no he podido.

Mónica hablaba rápidamente y á tiempos. Marín apareció en el umbral y leyó en los ojos de su mujer el horror profundo del implacable recuerdo.

Impresionado él mismo por el pensamiento de una pena que no podía sondear, pero que debía ser atroz, se inclinó sobre ella y le dió un beso.

Mónica se dejó caer sobre un banco y se retorció las manos en ademán resignado dentro de su desesperación, pero al levantar los ojos vió que su madre la miraba, y se sonrió, se levantó, se lavó las manos y se cambió el delantal.

— Ha sido un capricho que he tenido de ir á ver los espinos blancos — dijo á su marido que evitaba mirarla. El cordero debe ser de Bonfils: será preciso decirselo para que envíe á buscarlo.

Esto lo dijo con acento tranquilo. Su madre la comprendió por la carrera que había dado, y le dijo con severidad:

— Tú no eres ya una niña : cuando una mujer se

casa, debe de ser razonable.

Mónica no replicó.

XXIII

A partir de aquel día, la imagen de Hortensia, blanca, inmóvil, con el hilito de sangre á lo largo de la mejilla, fué la compañera habitual de Mónica. La seguía por todas partes, en el lavadero, en la huerta donde pasaba largas horas, y en los senderos cubiertos, en adelante llenos de flores y de insectos. La siniestra visión se interponía entre la joven y la naturaleza entera impidiendo que toda alegría inocente llegara hasta ella. Ya no eran solamente los remordimientos ni el pesar como sucedía antes, sino la manifestación viva, por decirlo así, de aquellos dos sentimientos que se sumaba á las restantes penas de la vida.

Mónica desmejoraba. Marín estaba roído por el dolor.

El había confiado en que, amando á Mónica, sería amado por ella y que acabarían por relegar un día en la sombra del olvido el recuerdo del crimen. Cuando tantas cosas se borran de la memoria ¿por qué no se había de borrar aquella?

El se había engañado. Mónica lo quería, es indudable, lo quería como á un dios, pero le tenía miedo: él lo comprendía y se desesperaba.

Cada vez se hablan menos, no teniendo nada que decirse. A veces ella se acercaba á él en tanto que él estaba sentado junto al fuego por las noches, y colocando sus manos flacas en los hombros de su marido, lo miraba con mirada profunda que pedía gracia. El la estrechaba locamente contra su corazón llagado, y ella se pegaba á él esperando hallar un poce de calma...

Pero él no podía expresar lo que sentía, y ella no se atrevía...

Así pasó el verano llevándose cada día alguna de las esperanzas de Marín y alguna de las fuerzas de Mónica, tristes pavesas de sus sueños de ventura. Sufría tanto la pobre, que deseaba acabar: después, le faltaba el valor; la atormentaba también el temor de un escándalo; tenía miedo de que se hablara de ella después de muerta, y, sobre todo, pensaba en Marín y se decía:

— ¡Creería que no le amaba!

Soplaban ya en el Océano los tristes temporales de otoño y Mónica iba á menudo á sentarse en las piedras sobre el acantilado. Desde su vuelta no se había atrevido aún á bajar hasta las rocas negras: allí era donde había jurado ser fiel ¿se atrevería á hollar con sus pies el sitio en que había hecho aquel juramento al que debiera faltar tan pronto?

La marea alta había arrojado al pie del acantilado enorme cantidad de algas que es uno de los recursos del país, y las mujeres se habían apresurado á ir á recogerlas en la marea baja para retirarlas fuera del alcance de las olas y subirlas más tarde para abonar los campos.

— ¿No piensas ir por algas? — preguntó Marín la misma tarde en tanto que la tempestad rugía por fuera.

— Como tu quieras.

— Será preciso: no somos ricos y no debemos desperdiciar nada.

— Iré — dijo ella.

El guardó silencio.

— ¿Y tú? — le preguntó al cabo de un instante — ¿irás?

— Tal vez vaya cuando haya acabado de escarbar las patatas: es ya tiempo de meterlas en casa porque van á empezar las lluvias y las pudriría el agua.

Volvió á reinar el silencio entre ellos, en tanto que

por fuera el ruido del viento se asemejaba al del trueno.

Al siguiente día la marea baja era por la tarde: el viento había disminuído y el mar seguía revuelto.

Ya había muchas recogiendo algas cuando Mónica llegó á las rocas. Se había retrasado porque tenía miedo de lo que iba á sentir en las rocas negras, que era el sitio reservado por la costumbre á la familia de los Bonami para la recogida.

A media cuesta encontróse con algunas mujeres que ya volvían.

— ¿Cómo vienes tan tarde? — le preguntaron.

— ¿Y cómo os vais vosotras tan temprano? — les preguntó ella con su antigua viveza: tenía alguna fiebre.

— Es que el mar está malo: tú, que no eres muy fuerte, debieras volverte con nosotras.

Ella no les hizo caso y siguió bajando: que el mar estaba furioso, tanto mejor: cuanto más difícil fuera el trabajo, menos tiempo tendría para pensar en cosas que deseaba olvidar.

Pasó, sin mirarlo, por el sitio en que había hecho el juramento de fidelidad, y avanzando con destreza increíble por las puntas de las rocas, llegó á los sitios en que la tempestad de la noche había arrojado por carretadas las algas y las ovas.

A grandes brazadas y sin cuidar de mojarse, hizo Mónica una docena de viajes con su cosecha marina desde las rocas hasta un lugar seguro. Tomó á empeño tenaz fatigar su cuerpo para no dejarle al alma tiempo para que sufriera.

Tuvo, sin embargo, que suspender su tarea por falta de fuerzas: sin aliento y con las piernas temblorosas, se apoyó en una pared de granito á fin de respirar y de dirigir la vista al mar.

En el cielo, las nubes blanquecinas, al pasar por un fondo de escarlata, se teñían de púrpura.

— ¡Se diría que aquello es sangre! — pensó Mónica,

y al punto la odiosa imagen borrada, reapareció envuelta en el encendido manto del cielo: el mar parecía llevar sangre en sus olas ¡y toda aquella sangre era sin duda la de la víctima!

Alucinada y sin saber lo que hacía, avanzó para mirar más de cerca: una ola enorme que se estrelló contra una roca á algunos metros delante de ella, rebasó el obstáculo deshecha en rojiza espuma, y la envolvió.

— ¡La sangre! — gritó Mónica, estremeciéndose al contacto del agua fría.

Miró al mar con aquella desconfianza que le inspiraban las cosas que eran más fuertes que ella, y una ola tras otra chocaron con estrépito é invadieron el hueco en que ella se encontraba.

— Si me queréis, tomadme — dijo Mónica, — pero me defenderé.

Las vicisitudes de la vida la habían podido aniquilar, pero no la habían doblegado.

Veía el peligro, comprendía su extensión, sabía que podía huir, y sin embargo, no quiso: desafiaba á su destino una vez más, pero aquella vez su destino tenía fuerzas materiales visibes y palpables.

Todas las gorritas blancas de las recogedoras de algas habían desaparecido; el mar las había echado de allí: ninguna pensó en Mónica.

Esta seguía haciendo frente á las olas que subían al asalto del antemural que la rodeaba: las dejaba crugir sobre ella, empapada hasta los huesos, ciega por la espuma, y retrocedía algo de tiempo en tiempo para prolongar la lucha.

No tenía hecha una verdadera resolución de morir, pero comprendía vagamente que si moría, sería lo mejor. Sin embargo, el instinto de la conservación no la abandonaba y después de un choque que la había aconchado contra alguna roca, se erguía, ensangrentada y maltrecha por las asperezas del granito, como para decirle á las olas:

— ¡Aun estoy viva!

En aquella lucha insensata sentía un goce inmenso, el primero que sentía después de su caída: luchaba sin haber perdido mucho: aniquilada ó arrebatada, se habría por lo menos defendido bien aquella vez. La que no había sabido resistir ni á la seducción ni al deseo de matar, hacía frente al Océano. Aquello era magnífico y la rehabilitaba á sus propios ojos.

Una masa de agua enorme se elevó á veinte pies de altura, cubierta de espuma, y se abatió contra la roca que sostenía á Mónica.

Aquella vez perdió pie y sintió que los remolinos se la llevaban. Se apuntaló lo mejor que pudo con una especie de triunfo feroz sobre sí misma.

— Sigue sufriendo — se dijo, — así es como se expía.

De pronto vió á Marín bajar por el acantilado como si tuviera alas, iluminado por los reflejos del sol poniente, que acudía á salvarla. Ella sintió deshacerse el alma, y, á través de las rocas y con el agua á media pierna, salió vacilante á su encuentro.

Marín acudió cayendo y tropezando á través de los obstáculos, cogió á su mujer en brazos y la sacó de allí. Una ola enorme se abatió como una masa en el sitio que ambos ocupaban un momento antes, y sólo recibieron las salpicaduras, bastantes fuertes para derribarlos en tierra, pero, por aquella vez, la muerte había renunciado á ellos.

— Estás loca — dijo Marín dejando á su mujer en tierra cuando estuvieron á salvo de todo peligro.

Mónica miró en torno suyo y vió que estaban sobre la roca del juramento.

— ¿No quieres, pues, que yo muera? — le preguntó ella.

El la asió con frenesí.

— ¿Tú?... ¡pero si tú eres mi vida! yo quiero que tú seas feliz, y si no lo eres, yo seré el que me arroje allí — y le indicó el sitio, ya invadido por el mar, en que estuvieron á punto de perecer un momento antes.

— ¿Me quieres tanto como si no hubiera sucedido nada?

— Yo no sé como te hubiera querido — contestó Marín levantando una mano hacia el cielo que brillaba como una apoteosis, — lo que sé es que te quiero tanto como puede querer un hombre.

— ¿Me has perdonado, pues?

— ¡Te he perdonado siempre!

Ella lo atrajo hacia sí y le dió un beso largo, muy largo, de pasión salvaje.

— Llévame á casa — dijo. — Ahora seremos felices.

Quitóse la falda larga empapada en agua, que le impedía andar, y vestida con un sencillo refajo corto, subió por el acantilado junto á su marido.

— Estás llena de sangre — le dijo éste al observarlo por primera vez.

— No importa — le repuso ella con una sonrisa que él no le había visto nunca; — es la mía.

Entraron en casa: el fuego ardía en la chimenea. Marín desnudó á Mónica con los mismos tiernos cuidados y la misma torpeza con que hubiera vestido á una criatura recién nacida y la metió en la cama, rodeándola de infinitas precauciones: ella le sonreía con el aspecto de la felicidad, y era la antigua Mónica que resurgía: tanta juventud y tanta luz brillaban en su rostro.

Desbordando en una alegría que él había creído no conocer ya nunca, se inclinó sobre ella y la miró con embriaguez, diciéndola:

— ¡Mónica mía! hoy es cuando únicamente veo que eres mi mujer.

XXIV

Cuando Marín abrió los ojos, la lluvia caía pesada-

mente por la parte de afuera: más despierto, recordó lo que había pasado la víspera y se volvió con inquietud hacia Mónica.

Esta dormía con la boca entreabierta, con las mejillas encendidas y con un brazo fuera del embozo; él le cogió la mano, y notó que ardía; le tocó la cara y echaba fuego.

Mónica se despertó y dijo con voz enronquecida:

— Tengo sed.

El se levantó en seguida y le dió agua: ella no hizo más que humedecerse los labios, y dijo:

— ¡Está amarga el agua!

Marín, sorprendido, la probó y no encontró que lo estuviera. Quiso preguntarle á Mónica, pero ésta se había vuelto á dormir.

Después de contemplarla un instante, se acabó de vestir y corrió á casa de Clemencia.

— Debe haberse puesto enferma — dijo como término de su explicación.

— Motivo hay para ello — replicó la anciana, y sin perder tiempo en discursos inútiles, siguió á su yerno.

Mónica se había despertado en ausencia de éste, y los acogió con su sonrisa de la víspera, tan diferente de su expresión habitual.

— Pues tiene buen semblante — dijo Clemencia.

— He tratado de levantarme y no he podido — dijo la joven con una expresión de contento extraordinaria. Debe ser á causa de la fatiga de ayer, pero no será nada: mañana habrá desaparecido.

La lluvia impedía tratar fuera y Marín se quedó al lado de su mujer cuya mano oprimía de tiempo en tiempo. Se miraban sonriendo y no tenían necesidad de hablarse. ¿No se lo habían dicho todo la víspera en su corta conversación sobre la piedra del juramento?

Clemencia, tranquilizada á medias, les sirvió durante el día y se retiró por la noche á rürgos de Marín que le aconsejó que durmiese sin cuida o alguno. Mónica tenía la respiración fatigosa pero no se quejaba de

nada y decía que nunca había sido tan dichosa ni se había encontrado tan bien, y su semblante no desmentía sus palabras.

Durante la noche tuvo algún delirio, tranquilo, casi alegre, en el que evocaba los recuerdos de su infancia. Parecía haber dejado en las olas coloreadas de sangre, las penas y los remordimientos de su vida reciente. Marín, muy asustado, sin embargo, fué á ver muy de mañana al señor Mahaut, el cual fué á ver á la enferma.

— Hay que llamar al médico — dijo. — Yo no soy muy inteligente, pero creo que esto tiene todos los visos de una pulmonía, y esas dolencias exigen la ayuda de la medicina.

Mónica oyó, no precisamente las palabras del alcalde sino el tono de advertencia con que éste las pronunció.

— Señor Mahaut — le dijo ella — ¿volverá usted cuando se haya marchado el médico, no es verdad?

— Sí, querida niña, volveré si usted quiere.

— Se lo ruego á usted — insistió ella.

El médico llegó por la tarde. El señor Mahaut no se había engañado. Mónica tenía una fuerte pulmonía. Dispuso un tratamiento enérgico é inmediato, todo cuanto podía hacerse en un lugar alejado de las ciudades.

Apenas se hubo marchado el médico, Mónica alejó á su madre con un pretexto y le hizo seña á Marín para que se le acercara.

— ¿Estoy muy mala, no es verdad? — le preguntó con aquella expresión de tierna alegría y de confianza que tenía desde las rocas negras.

— Estás mala, no hay que dudar — repuso el pobre joven con embarazo, pues se le había recomendado mucho que ocultara á la enferma la gravedad de su estado, y porque él, por evitarle un disgusto á Mónica, quería mentir, y no sabía, porque no había mentido nunca.

— Pues bien, escucha: necesito ver al señor Mahaut

y hablarle á solas.

— ¿Otro secreto más? — preguntó Marín frunciendo las cejas.

— No: al decir que á solas, quiero decir que contigo. Vete á buscar al señor Mahaut: me ha prometido que vendría, y vendrá: despáchate.

Marín vaciló un instante, y luego se fué apesuradamente. Un cuarto de hora después volvía con el digno alcalde.

— Vamos á ver ¿qué quieres, Mónica? — le preguntó éste.

— Quiero decirle á usted algo, señor alcalde, y le ruego que se siente junto á mi cama para oírlo.

El señor Mahaut se sentó algo conmovido. Marín permaneció en pie junto al lecho, entre ambos.

La voz de Mónica era fuerte, aunque algo velada: al hablar tenía la respiración muy fatigosa; pero no demostraba tener padecimiento alguno, y en realidad padecía poco.

— Usted sabe, señor alcalde — dijo fijando sus ojos azules en los del señor Mahaut — que yo he estado en Rouen por recomendación de usted.

— Sí.

— Yo no sé si usted ha tenido noticia de una desgracia ocurrida en la casa en que yo servía.

— La tuve y sé también que te acusaron y que te pusieron en libertad luego, porque la idea de acusarte fué demasiado absurda. ¿Es eso lo que querías decirme?

Mónica se puso encendida y luego pálida. Dirigió á su marido una mirada suplicante á la que éste contestó con una señal de aprobación: había comprendido lo que ella quería y no podía encontrarlo mal, porque sabía que ella estaba gravísima, más de lo que ella misma creía.

— Pues bien, señor alcalde: me voy á morir, y no lo siento porque después de lo que va usted á saber, me miraría usted de mala manera... ¿No han dado con la

persona que dió el golpe?

— No ¿qué?

— Que fuí yo — dijo Mónica, y se dejó caer sobre la almohada con el semblante cadavérico.

— ¿Tú? — exclamó aterrado el señor Mahaut, temiendo que la enferma estuviese delirando de nuevo.

— Sí, señor alcalde, fuí yo.

— Pero ¡Dios mío! ¿cómo, por qué razón? una niña como tú...

Mónica dirigió una mirada febril á su esposo, el cual comprendió que una parte del doloroso secreto quedaría entre ambos.

— Me riñó — dijo la joven — yo era orgullosa y violenta, me cegó la cólera y la herí: desde entonces, señor alcalde, no he tenido un momento de tranquilidad.

— ¿Y por qué me dices eso? Puesto que te han dejado en libertad, me parece que podías guardar para ti el secreto.

— Es verdad, señor alcalde — pero han ocurrido casos de inocentes que han sido condenados ¿no es verdad? yo he leído eso en los libros, y he pensado en que, si cuando yo no exista para decirlo, sabe usted que acusan á alguien de aquella muerte, pueda usted justificar que no ha sido él quien hizo el daño.

Mahaut escuchaba, extrañado, confundido por lo que acababa de oír, y lleno de admiración, á pesar suyo, por la conducta de Mónica.

— ¿De modo que es una declaración la que me haces? ¿Quieres firmarla?

— Sí, señor alcalde: lo único que le pido es que no hable de esto á nadie, á causa de Marín que se avergonzaría sin merecerlo: esa declaración no servirá más que en el caso que le he dicho...

— No tengas cuidado alguno: cuenta conmigo. ¿Lo sabía usted? — añadió el señor Mahaut dirigiéndose á Marín.

— Ella no quiso casarse conmigo sin decírmelo — repuso éste.

El alcalde se había levantado: miró por un instante á la joven criminal, cuyo rostro se hallaba entonces tan tranquilo y tan puro, y luego, impulsado por un movimiento irresistible colocó su mano derecha sobre la frente que ardía.

— ¡Pobre niña! — dijo — grande ha sido la falta, pero bien la ha expiado usted.

— ¡Oh! sí — repuso ella sencillamente — no son la enfermedad ni la muerte las cosas peores.

En la mañana siguiente presentó el señor Mahaut á la joven una redacción sencilla de la conversación de la víspera, de carácter oficial, que ella firmó con mano segura, y junto á cuya firma puso Marín la suya temblorosa.

— Ahora que ya tiene usted la conciencia en paz — dijo el señor Mahaut — ánimo, y á curarse.

— Será lo que Dios quiera — dijo Mónica.

Ella sentía que las fuerzas la abandonaban rápidamente, pero sin sacudidas: en aquel cuerpo gastado por las penas, la enfermedad tenía poco que hacer. Marín la miraba taciturno cuando ella dormía y sonriente siempre que ella podía verlo.

La tarde del cuarto día le hizo seña de que se acercara cuanto pudiera.

— ¿Crees tú que hubiéramos sido muy felices? — le preguntó ella en voz muy baja.

— ¡Oh! sí, muy felices.

— Pues bien, te engañas. Ahora lo somos, porque me voy, pero si yo viviera, volvería á empezar todo como antes, y tendríamos algunos momentos buenos, pero tranquilidad, nunca. Te aseguro que lo mejor es que yo me vaya.

— ¿Y yo? — preguntó Marín á quien por último vencieron las lágrimas — ¿qué será de mí?

Ella lo miró tristemente.

— ¡Tú, pobre, pobre Marín! ¡tú lo sentirás mucho; pero si yo no hubiera sido lo que he sido, no te hubiera querido nunca como te quiero ahora!

Mónica murió al amanecer, tras una corta agonía durante la cual no conoció á nadie: dejó esta vida sin tener conciencia del dolor de aquellos que conservan su lucidez hasta los últimos instantes.

Se la enterró en la tumba de Victoria. Marín arrancó por sí mismo el rosal blanco con su terrón de tierra, lo volvió á colocar cuando todo hubo concluído, y no permitió que mano alguna profana tocara el arbusto, dos veces sagrado, después de lo cual se fué á las rocas negras y permaneció allí hasta que se hizo de noche.

Sigue trabajando en su campo y en su huerta como cuando era soltero, y se le ve, con más frecuencia que antes, cuidar el rosal cuyas ramas cubren todo cuanto ha amado en la vida.

El señor Mahaut no ha tenido necesidad de hacer uso de la declaración de Mónica, porque la justicia no ha dado nunca con las huellas del autor del misterioso crimen de Rouen.

FIN

